

Capitalismo, liberación, humanización*

**José Ignacio González Faus,
Cristianismo y Justicia,
Barcelona**

De entrada, el título que se me dio para esta charla (“Incidencia del sistema capitalista sobre las visiones utópicas liberadoras”) me pareció casi contradictorio. Yo hubiese dicho que el capitalismo solo puede incidir en esas visiones liberadoras pisoteándolas o forzándolas a reaccionar contra él, o, en todo caso, contaminándolas. Los dos puntos serán el eje de mi exposición, aunque también señalaré algunas aportaciones positivas del sistema capitalista a las visiones liberadoras, que estas no deberían olvidar ni desfigurar. Pues creo que el mal absoluto no existe aquí, y que todo mal suele ser la degeneración de un bien anterior.

Pero para entender esta primera reacción, debemos comenzar por una mirada a ese sistema capitalista.

1. El sistema: juicios

1.1. Un papa y un economista

“Hemos examinado la economía actual y la hemos encontrado plagada de vicios gravísimos” (QA 128). No son palabras de Marx, sino de un papa; y son de hace 83 años... ¡Qué diría hoy!

Las palabras de Pío XI no concretan más esos vicios. En general, la doctrina social de la Iglesia (DSI) dice cosas fuertes, pero en plan de principios (salario justo, primacía del trabajo sobre el capital, sindicatos) y sin pronunciarse sobre cómo se cumplen esos principios en nuestra sociedad. Creo que el papa Francisco ha procurado denunciar no meros incumplimientos, sino *al sistema mismo*, que es el que impide cumplir esos principios.

* Charla impartida en Córdoba (España) el 24 de septiembre de 2014, organizada por la Asociación Aletheia.

Buscando concretar más esos vicios, he aquí un texto de un economista de derecha, pero con sentido común: “Los errores más llamativos de la sociedad económica en que vivimos son su fracaso en tomar las medidas necesarias para el *pleno empleo* y su *reparto arbitrario e injusto* de la riqueza y los ingresos”¹. Keynes no habla de nuestro “sistema”, sino de “nuestra sociedad económica”, algo más genérico, pero bastante sinónimo. La pregunta importante que suscita es esta: ¿son meros errores corregibles dentro del sistema o son desautorizaciones globales de este? Vamos a examinarlos un poquito más.

1.2. El desempleo

Leamos a un historiador de la economía: “El escándalo *secreto* del capitalismo es que en ningún momento de la historia se ha organizado en torno a una mano de obra *libre*”². Lo sorprendente de estas palabras es que el capitalismo ha pretendido siempre estructurarse en torno a la noción de libertad (y a mí se me ha pedido hablar de su incidencia en torno a los movimientos liberadores). Pero algo debe tener cuando, hace bastante más de un siglo y en una de las encíclicas más conservadoras de la DSI, otro papa escribía: “Si el obrero, obligado por la necesidad o acosado por el miedo a un mal mayor acepta, aun no queriéndola, una condición más dura porque la imponen el patrono o el empresario, eso es ciertamente soportar una *violencia* contra la cual reclama justicia” (León XIII, *RN* 132). Y como antes: si eso era en 1891, ¿qué habría que decir hoy, por ejemplo, tras nuestra anticristiana ley de reforma laboral!

1.3. La desigualdad

Si antes nos hemos encontrado con la expresión “soportar violencia”, que es lo contrario a la libertad, por lo que hace al segundo defecto citado por Keynes, he aquí otra observación del papa Francisco, que da razón de él: “El salario *justo* como base de una convivencia en paz”, porque “permite el acceso adecuado a los demás bienes que están destinados al uso común” (*EG* 192). Si no, dice en otro momento, “será imposible erradicar la violencia... que tarde o temprano provocará su explosión” (*EG* 52). Cuando explote esa violencia reactiva, nosotros apelaremos a la moral; pero será una apelación tardía: deberíamos haber

-
1. J. M. Keynes, *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, 1987, p. 308. La obra de moda de T. Piketty, *El capitalismo en el s. XXI*, va en esa misma dirección del capitalismo como generador necesario de grandes desigualdades. Pero no he podido leerla todavía. Espero que este otoño aparezca su traducción castellana.
 2. Y. M. Boutang, *De l'esclavage au salariat: économie historique du salariat bridé*, PUF, 2006 (hay traducción castellana en Akal). Destacados míos. Tomo la cita de D. Graeber, *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Ariel, 2012, p. 462, quien la aduce sin entrecomillar como resumen de la tesis de todo el libro.

recorrido antes a ella para evitar esa situación cruel e injusta que acaba haciendo explotar la violencia.

1.4. Preguntas que brotan

Todas estas citas (pontificias o laicas) parecen reforzar la confesión de Keynes sobre los defectos del sistema. Ahora, pues, podemos volver a nuestra pregunta anterior: esos dos vicios ¿son solo defectos a corregir o son desautorizaciones globales del sistema?

Mi opinión es que teóricamente podría ser aceptable “un cierto capitalismo” (moderado). Pero el sistema tiende a ser “máximo capitalismo” porque, si no, se hunde. Y el “máximo capitalismo” supone el *mínimo* empleo posible y las *máximas* diferencias sociales. O, en otras palabras, el sistema parece intrínsecamente incorregible, a menos que hubiese una gran amenaza exterior que lo obligara a moderarse.

La importancia de mi pregunta es que, cuando un sistema no puede corregir defectos tan básicos, es señal inequívoca de que se trata de un sistema irracional, inhumano e injusto. Por consiguiente, *una persona éticamente responsable estará obligada a buscar cómo cambiar ese sistema por otro más justo*, aunque sea a largo plazo. Precisamente por eso, Francisco, en el documento citado, reclama “*un cambio de actitud enérgico por parte de los dirigentes políticos*” (58). A lo mejor, pues, la primera incidencia del capitalismo sobre las visiones liberadoras es obligar al ciudadano a reclamar ese cambio enérgico de actitud a sus dirigentes. Sobre todo si estos alardean de apoyarse en el humanismo cristiano.

1.5. Objeciones a lo expuesto

Pero a estas acusaciones se les suele objetar olímpicamente diciendo que “esas no son consideraciones económicas”. Concedido. Pero son consideraciones *humanas*. Ahora bien: si un sistema excluye expresamente de su modo de proceder todo lo que es humano y ético, está reconociendo que es un sistema inhumano e inmoral. Efectivamente, como señala J. R. Saul, a los economistas de hoy “no les interesa el sufrimiento de la gente, la exclusión, los oligopolios y monopolios que Adam Smith repudiaba... Se obsesionan solo con el crecimiento. ¡Qué aberración!”³.

Por otro lado, el Nobel indio de economía Amartya Sen defiende expresamente que “la ética es un factor económico” (al menos, a largo plazo), con lo

3. V. M. Amela, “John Ralston Saul: ‘La globalización solo ha traído desempleo y crisis’”, *La Contra*, de *La Vanguardia*, 16 de septiembre de 2014. Ralston es autor de *El colapso de la globalización y la reinención del mundo*.

cual la objeción aducida (esas no son consideraciones económicas), además de ponerse en evidencia, resulta ser falsa.

Así, pues, lo que secretamente quería decir esa objeción es esto otro: esas no son consideraciones *individualistas*. Con ello pone en evidencia el gran déficit ético de nuestro sistema egoísta: el individualismo. También Vaticano II en su mejor documento denunció los planteamientos individualistas como un gran defecto de nuestra ética⁴. Pero por muy Nobel que sea A. Sen y muy respetable que sea el Vaticano II, sus enseñanzas tienen muchas menos posibilidades de difusión que las de los beneficiarios y gestores del sistema.

2. Su fuerza

Nos preguntamos entonces: ¿cómo puede subsistir un sistema así? Simplemente por su enorme eficacia a la hora de producir riqueza.

2.1. Medios y fines

Nadie niega esa enorme eficacia, ni siquiera Marx⁵. Lo que se objeta es que el sistema es tan eficaz como cruel: *solo sabe producir riqueza a condición de no repartirla o de repartirla inicualemente* (esa era la segunda acusación de Keynes). Juan Pablo II habló en Puebla de un sistema que produce “ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres”, y me parece una descripción bien exacta. Por tanto, si la ética entra en la economía, estamos ante un problema de medios y fines: ¿son legítimos unos medios tan crueles para efectos tan seductores? Si aquí el fin justifica los medios, y medios tan crueles, habrá que aplicar lo mismo a los estallidos de violencia.

2.2. ¿Máxima eficacia?

D. Schweickart sostiene no solo que el sistema es *injusto* en sí mismo (porque el beneficio del capital no se justifica por ser contribución ni por el sacrificio, ni por el riesgo)⁶, sino que además es *menos eficaz* que el sistema alternativo que él propone. Sin entrar ahora en esas comparaciones de eficiencia, que solo puede justificarlas la práctica, daré mi visión de las relaciones entre la eficacia innegable del capitalismo y su inmoralidad.

4. “Hay quienes profesan amplias y generosas opiniones, pero, en realidad, viven siempre como si nunca tuvieran cuidado de las necesidades sociales” (GS 30). Y cita entre esos descuidados “no tener reparo en soslayar los impuestos justos”.

5. Ver el *Manifiesto del Partido Comunista*, que citaremos luego.

6. D. Schweickart, *Más allá del capitalismo*, Santander, 1997, pp. 42-94. El título original de la obra es *Against capitalism*.

2.3. El sistema

Antes de seguir, y para tener claro de qué hablamos, debo recordar que suele calificarse como capitalista al sistema que se asienta en estos tres pilares: propiedad privada de los medios de producción, búsqueda del máximo beneficio posible por parte del capital y legitimidad del trabajo asalariado. En esta misma línea Pablo VI había hablado de un sistema “que considera el provecho como motor esencial del progreso económico, la concurrencia como ley suprema de la economía y la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto sin límites ni obligaciones sociales correspondientes” (PP 26). Y añade que “ese liberalismo sin freno conduce a la dictadura”. Pequeño detalle que convendría no pasar por alto.

No es este el momento de desarrollar los tres pilares citados. Pero sí me parecen necesarias tres aclaraciones sobre cada uno de ellos: (a) lo que se opone a la propiedad privada no es exactamente la propiedad estatal (pues el Estado es una abstracción y el Gobierno que lo dirige vuelve a ser otra entidad privada), sino propiedad *común*, de la que no sé si hemos sabido desarrollar formas plausibles. (b) La conducta de las empresas transnacionales exigiendo, para establecerse en un país, la dispensa de todas las leyes sociales o ecológicas como condición *sine qua non*, es un buen ejemplo de esa búsqueda del máximo beneficio posible, reconocida como legítima. Y (c) la legitimidad del trabajo asalariado es muy distinta en una sociedad donde todo el mundo tiene mínimamente cubiertas las necesidades básicas (por alguna forma de renta mínima o de salario ciudadano) que en una sociedad donde el asalariado se juega en su trabajo la supervivencia suya y de sus hijos.

3. Eficacia e inmoralidad

Tras esas definiciones, podemos decir que el sistema se mueve en torno a dos focos irrenunciables: la *competencia* como base de las relaciones económicas y la búsqueda del *máximo beneficio* dentro de esa competencia.

3.1. Confundir el rábano con las hojas

He dicho otras veces que la competitividad puede ser muy útil en dosis moderadas, pero es nefasta si se le convierte en la base de las relaciones tanto humanas como económicas. La sal es indispensable en la cocina; y el Evangelio es muy duro con la sal “que no sala”. Pero si la sal fuese la ley suprema y la base de nuestra alimentación, nos moriríamos infraalimentados y acabaríamos todos con una tensión tan alta que nos impediría vivir y tensaría todas nuestras relaciones.

3.2. Deslealtad

Cuando esa competencia, como ley suprema de nuestras relaciones, se une a la obsesión por el máximo beneficio, es fácil adivinar que acabará convirtién-

dose fatalmente en una competencia totalmente desleal: la lealtad se convierte entonces en una de esas consideraciones que deben ser desechadas como “no económicas”, tal como veíamos antes. Y la conducta de Estados Unidos, tanto ante regímenes democráticos latinoamericanos que podían dañar sus intereses (desde el Chile de ayer al Ecuador de hoy) como en el espionaje de sus “amigos” europeos, pone esto de relieve. En otros campos de la convivencia internacional, Estados Unidos ha podido ser generoso (en la lucha contra Hitler, por ejemplo), pero en el campo de la competencia económica siempre han sido desleales.

3.3. Un ejemplo de hoy

La búsqueda de ese máximo beneficio está llevando hoy a un hecho que extraña a muchos Gobiernos: que por más facilidades que se den al capital (rebajando salarios hasta la injusticia y dispensándolo de impuestos justos), el capital no invierte creando riqueza o empleo. Y no invierte de ese modo porque la especulación o la llamada “financiarización” traen hoy más beneficio y menos riesgo que la inversión productiva. Esto lo entiende hoy mucha gente, menos los políticos. O quizá ellos sí lo entienden, pero no pueden hacer ni decir otra cosa: porque, como dijo una vez Lula, expresidente de Brasil: “Yo tengo el Gobierno, pero no tengo el poder”. Por eso se nos permite la democracia solo en el terreno político.

3.4. Un ejemplo de siempre

La defensa de ese máximo beneficio desleal lleva luego a la obsesión por las armas que, de rebote, obliga a todos los demás a armarse. La URSS, además de sus defectos particulares, se derrumbó porque no pudo resistir la carrera armamentista, lo cual esterilizó sus llamativos éxitos iniciales. A su vez, la carrera armamentista pone de relieve su irracionalidad en la infinidad de dinero gastado en fabricar unas armas cada vez más terribles, de las que el mayor ideal será... no tener que usarlas nunca.

Pero, a pesar de esa irracionalidad, la carrera armamentista continúa, porque hemos descubierto que la fabricación y venta de armas es una de las fuentes de mayores beneficios, aunque impida la más elemental equidad en tantos países pobres que gastan en armas lo que deberían gastar en combatir la miseria. De ese modo la carrera armamentista crece y se descontrola hasta convertirse en una de las mayores amenazas de nuestra era.

3.5. Jugando con fuego

En efecto, ya se ha alertado muchas veces contra el peligro que supondría el que, si no suprimimos del todo las armas atómicas, acaben cayendo en manos de alguno de esos grupos terroristas irracionales y salvajes que pululan por el planeta. Y, por desgracia, este no es un peligro quimérico: en estos momentos

de confrontación cada vez mayor entre Occidente y Rusia (por el problema de Ucrania y las sanciones crecientes), ¿es de veras improbable que algún arma atómica acabe cayendo en manos del monstruoso califato islámico? ¿Qué pasaría entonces?

No quiero pensar qué pasaría. Pero sí quisiera evocar los crímenes del títere Bush hijo, que, con la mentira aquella de las armas iraquíes de destrucción masiva (cuando es EE. UU. el que tiene ese tipo de armas en abundancia), invadió Irak hasta destrozarlo y situó a Irán entre los “ejes del mal absoluto”, mientras seguía pactando con dictaduras inhumanas como la de Arabia Saudí. Y lo hizo porque tanto Irak como Irán propugnaban que todo el comercio del petróleo ya no se hiciera en dólares, sino en euros u otra moneda. Lo cual sería sin duda un golpe duro para la economía de Estados Unidos que, gracias al injusto privilegio del dólar, se mantiene como el país más rico y el más endeudado a la vez. Otra vez, el máximo beneficio.

4. Defensas del sistema

Si los análisis anteriores son válidos, no habrán hecho más que “gritar que el rey está desnudo”, según reza un conocido apólogo. Pero en la opinión común, el rey anda vestido y muy bien cubierto con soberbios mantos. Sin pretender agotarlos citaré dos: la mentira y la apariencia científica.

4.1. La mentira

La película documental *Inside Job*, habla de economistas de Harvard y de Columbia pagados para que defendieran como científica una determinada política económica. El decano de la escuela de negocios de una de esas universidades escribió un estudio en 2004 en el que “alabó los derivados y la cadena de bursatilización diciendo que mejoraban la asignación de capital y la estabilidad financiera”. “La industria financiera ha corrompido el estudio de la economía”, comenta el director de la película. Muchos de esos profesores han acabado después como consejeros de grandes entidades financieras (Morgan, Goldman Sachs) elevando así a la enésima potencia su sueldo de profesores⁷.

Este problema no es nuevo. Antaño, la ética médica trataba el problema de las llamadas dicotomías: un médico cobra por recetar un determinado producto, y lo receta prescindiendo de si es el que conviene al enfermo o no. Casos similares se dan hoy entre empresas transnacionales y los investigadores de los transgénicos. O empresas farmacéuticas e investigadores sobre daños colaterales de un nuevo producto. Y últimamente se oye hablar mucho de las presiones que recibe la

7. Ver el texto de la película transcrito en J. I. González Faus, *El amor en tiempos de cólera económica*, Ediciones Khaf, 2013, pp. 270-276.

OMS para que adopte determinadas políticas ante pandemias reales, posibles o fingidas. El caso de la gripe A, denunciado con valentía por la benedictina Teresa Forcades, es el más conocido. Y, al margen de que tuvo razón, lo que no sabe la gente es la cantidad de bofetadas que recibió por ello⁸.

También, hace pocos meses, un grupo de estudiantes de economía de 19 países publicó un documento en el que se quejan de que no se les enseña ni se les informa en las universidades más que sobre un único sistema económico, como si fuera el único posible, sin dar el mínimo espacio a la pluralidad: “No es solo la economía mundial lo que está en crisis. La enseñanza de la economía también está en crisis, y esa crisis tiene consecuencias que van más allá de la universidad”.

Estas palabras de los estudiantes se ven confirmadas por J. Ralston Saul en la entrevista antes citada: “Todas las escuelas de economía y finanzas del mundo reproducen esta ideología hegemónica sin cuestionarse nada. Y la han pifiado. ¡Y aún así no rectifican!”. Y añade a continuación el ejemplo de Greenspan, el todopoderoso presidente de la Reserva Federal, quien después de haber alabado las ventajas inauditas de esta globalización, cuando estalló la crisis, exclamó que no “podía comprender cómo se había producido”. Pero siguió pensando exactamente como antes.

Para comprender ese ejemplo imaginemos otro más casero: dos médicos discuten sobre el tratamiento de la diabetes; uno sostiene que hay que abstenerse de azúcares; el otro defiende que los azúcares y los hidratos de carbono dan fuerzas al organismo para defenderse, que las frutas forman parte de la dieta mediterránea tan alabada. Este segundo tiene a su favor el hecho de que el enfermo es un gran goloso. Y cuando un día el enfermo tiene una hiperglucemia de la que casi se muere, el médico se limita a exclamar: “No alcanzo a comprender cómo ha podido producirse”. Pero sigue enseñando lo mismo que antes.

No estaría de más que algunas de estas “autoridades económicas” pasaran por el sofá del psicoanalista: a lo mejor caerían en la cuenta de que no hablan en nombre de la ciencia, sino en defensa propia.

4.2. El disfraz matemático

He dicho otras veces que la ciencia económica se apoya siempre, inevitablemente, en una “metaeconomía”. Quiere decir que la matemática económica se apoya en unos presupuestos, al igual que la física se apoya en una metafísica: si no hubiera un principio metafísico de causalidad, no tendría sentido buscar en nuestro mundo físico las causas de las cosas. De hecho, el genio de Einstein

8. M. R. Sahuquillo y E. de Benito, “Desmontando a la monja bulo”, *El País*, 1 de noviembre de 2009.

cometió, según él, “el mayor error de su vida”, por presuponer que el universo era eterno, lo cual no es un dato físico. Y Lemaître acertó por no presuponer eso. O explicado de manera más pedestre, si yo doy a pi un valor diferente de 3.14 y a la velocidad de la luz un valor distinto de los 300,000 km/s, por correctos que sean los cálculos abstractos no me servirán para medir una circunferencia o la energía ($e = mc^2$).

También en la economía, las ecuaciones funcionan a partir de unos supuestos previos, que son antropológicos. Pues bien, todos los cálculos del neoliberalismo parten del siguiente supuesto: el hombre es un consumidor racional y libre. Pero ninguno de los tres calificativos es exacto. Por eso escribe un célebre economista:

Los economistas saben que la realidad es más complicada y que para hacer un modelo matemático, a menudo hay que reducir el mundo a una caricatura. No hay nada malo en ello. El problema llega cuando permite a alguien (a menudo los mismos economistas) declarar que quien ignore los dictados del mercado será castigado o que, dado que vivimos en un sistema de mercado, todo, salvo la intervención estatal, se basa en principios de justicia.⁹

Esta doble forma de mentira arranca del falso supuesto de que la economía es una ciencia exacta como la matemática. Pero en realidad es una ciencia humana como la psicología. Y las ciencias humanas no tratan con números, sino con libertades (por más manipulables que sean estas). De no ser así no nos habrían dicho tantas veces últimamente que la economía “necesita confianza” para funcionar. La matemática no necesita confianza.

Pero el sistema necesita esta doble forma de mentira hoy más que nunca, porque la caída del Este ha desenmascarado al Oeste: el lobo capitalista ya no necesita vestirse de caperucita de Estado de bienestar y, sin temer ya al comunismo, el sistema puede mostrar su verdadero rostro. Mientras que antes, el miedo a que la clase obrera lograra cambiar el sistema (como había ocurrido en Rusia y sus países satélites) había forzado al capital a ofrecer mil ventajas a la clase obrera: sindicatos, salarios justos, participación de beneficios y un mejor futuro para sus hijos. Esto es lo que acabó en 1989.

5. Virtudes del capitalismo

Ya dije al comienzo que el mal absoluto no existe y que, a veces, los grandes defectos son perversiones de virtudes iniciales. Aplicando eso al capitalismo, me gusta titular esas virtudes con el acrónimo CIR: curro (trabajo), inventiva, riesgo. Y me parece importante comentarlas para evitar que el cambio de sistema (siguiendo la observación de Paulo Freire de que el oprimido lleva introyectado

9. D. Graeber, *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, op. cit., p. 150.

al opresor como su ideal de hombre) no aspire a una vida sin trabajo, sin riesgos y con pocos esfuerzos, porque entonces se degradaría tanto como el sistema al que combate.

5.1. La fuerza vital

Antes he aludido al elogio de Marx a la burguesía primera en el *Manifiesto del Partido Comunista*:

La burguesía ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación de continentes enteros para el cultivo, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Siglo y medio después, esa enumeración podría ser aún más larga y más impresionante.

Evoquemos como ejemplo la gesta de los primeros emigrantes a EE. UU.: iban decididos a trabajar, a imaginar, y dispuestos a arriesgarse para crear un mundo nuevo. Nadie hubiese dicho que de allí iban a salir los actuales Estados Unidos. Pero es que aquellos ideales fueron corrompidos por la obsesión del máximo beneficio. Y prescindo ahora de la opinión de Max Weber que ve en el calvinismo y en la dura doctrina de la predestinación de Calvino una explicación de esa corrupción: la seguridad de la predestinación en el más allá (hagas lo que hagas en el más acá) era tan dura que fue abriendo paso a la doctrina de que el éxito económico en esta vida es una señal de estar predestinado para el cielo, porque Dios no bendeciría al que sería condenado. Esa explicación de Weber no es compartida por todos, pero eso no nos interesa ahora. Lo importante era destacar las virtudes iniciales precursoras de nuestra Revolución industrial. Así se comprende su atractivo.

5.2. El cáncer

Pero, al lado de eso, sigamos leyendo a Marx:

Masas de obreros hacinadas en la fábrica son organizadas en forma militar. Como soldados rasos de la industria están colocados bajo la vigilancia de toda una jerarquía de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la burguesía, del Estado burgués, sino, diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante cuanto mayor es la franqueza con que proclama que *no tiene otro fin que el lucro*.

Este es el cáncer de todas las virtudes anteriores. Y lo que lleva a esa degradación es el objetivo de máximo beneficio personal, por más que se lo revista de desarrollo o de creación de puestos de trabajo.

En conclusión, el capitalismo tiene virtudes, por supuesto. Y ojalá que lográramos purificarlas e incorporarlas a nuestra cultura y nuestro sistema de valores. Pero genera también un déficit humano al convertirnos de ciudadanos a meros consumidores. En un doble sentido: *que todo, hasta lo más sagrado, se convierte en mera mercancía, y que los seres humanos no podemos aspirar a ser más que eso: consumidores*. El consumismo (jeconómicamente imprescindible en nuestro sistema!) es además la fuente de esa indiferencia que, según muchos, es el mayor pecado de hoy en día, aún más que la maldad misma de la injusticia. Y desde ahí, las anteriores virtudes del capitalismo están amenazadas o deformadas.

5.3. Cuestión de humanidad

Así se comprende el siguiente dato que parece una de esas ironías de la historia. En el s. XX, un señor llamado también Marx (en la actualidad, arzobispo de Múnich) publica un libro titulado también *El capital*. Pero que lleva un subtítulo significativo: *Alegato en favor de la humanidad*. Lo más destacable ahora es que el autor no es nada marxista, pero se ha sentido obligado a escribir un prólogo en forma de carta a su antepasado del s. XIX en el que le dice que, a pesar de la enemistad que le profesa, se ha preguntado muchas veces si no tendría razón el viejo Marx en una serie de puntos. Tampoco opta su autor por ningún sistema alternativo: simplemente enumera una serie de principios éticos indispensables en la economía y ausentes del capitalismo actual que hacen a este inaceptable para un cristiano. E inaceptable también para cualquier ser humano, porque ese es el significado del subtítulo: nuestra economía hoy nos priva de humanidad. Como he dicho otras veces, divide al género humano en infrahumanos e inhumanos. De ahí la necesidad de un alegato a favor de lo humano y de la humanidad.

5.4. Infelicidad

La reducción de los seres humanos a meros consumidores acaba privando de finalidad a la vida. El cuerpo, si se le educa para pasar, es capaz de pasar con poco; pero si se le educa para saciarse no se sacia nunca. Así es como el consumismo nos vuelve infelices. Y a la larga (y por más que los capitalistas no creyentes asuman que esta vida es un paréntesis entre dos nada, que hay que rellenar con pasatiempos), la experiencia muestra que los seres humanos no sabemos vivir sin una finalidad. En este sentido, y aunque antes he criticado con dureza la barbarie de los terroristas, debo añadir que, al menos en un rasgo, son superiores a nosotros: viven *para algo*, tienen una causa a la que entregarse. Y tener una causa vital es una demanda de nuestra humanidad.

No me parece casual por ello el auge de los nacionalismos ni que las estadísticas digan que la depresión crece entre las juventudes, cuando antes era una enfermedad de gente mayor, ni que muchos militantes del EI (el llamado califato) procedan inesperadamente de países occidentales. Les ofrecemos una vida vacía y luego nos extraña que quieran llenarla.

6. Hacia una cultura reactiva

Mis reflexiones apuntan a la necesidad de crear una mentalidad y una cultura alternativas que se encaminen al cambio de sistema, y que ahora intentaré concretar un poco. Pero antes conviene aclarar dos dificultades previas.

6.1. Aclarar conceptos

(a) Por supuesto, ese socialismo (o como se llame a cualquier sistema alternativo) también tendrá defectos o peligros. Hoy, por ejemplo, se acusa a las políticas sociales de fomentar la pereza, pero los defectos (a menos que sean intrínsecos e inevitables) no son una llamada a cambiar el sistema, sino a evitarlos: lo contrario sería como eliminar los impuestos porque favorecen el fraude fiscal. (b) La otra dificultad es la clásica pregunta de si el cambio ha de ser de golpe y completo, o algo sucesivo. Si se elige lo primero, está el peligro de que no se haga nunca; si es lo segundo, el peligro es que no llegue a ser completo. Lo mejor es hacer reformas que vayan en la dirección del cambio total, aunque el problema es saber cuáles.

Dicho esto queda señalar una serie de rasgos o algo de esa cultura reactiva que puede engendrar el capitalismo. Solemos englobarlos en palabras como labo-rismo o socialismo. La primera, de origen inglés (*cf.* Labor Party), atiende a lo opuesto al capital, que es el trabajo; la segunda, a lo opuesto a ese individualismo intrínseco al capitalismo. A estas añadiría yo la “espiritualidad”, contrapuesta al materialismo (intrínseco también al capitalismo), y fácil de visibilizar en aquella frase de N. Berdiaeff muchas veces citada: “El pan para mí es un problema material, el pan para mi prójimo es un problema espiritual”.

Desde una convicción de la superioridad del trabajo frente al capital iríamos a parar a un sistema económico donde el máximo beneficio quede desterrado y sustituido por un moderado beneficio. Desde una visión no individualista iríamos a parar a lo que hoy existe como “economía de comunión”¹⁰. Mientras que, desde lo que he llamado espiritualidad, podríamos llegar a lo que Ignacio Ellacuría calificó provocativamente como “una civilización de la pobreza”. Compartiendo con él la certeza de que esa es la única salida para nuestro mundo, yo prefiero corregir la expresión y llamarla civilización de la sobriedad compartida. Sobriedad, porque el término pobreza puede sonar a “carencia” y no era ese

10. Puesta ya en juego por el grupo cristiano de los llamados Focolares, de Chiara Lubic.

el sentido que le daba Ellacuría (también para evitar que la practiquen solo los desfavorecidos, como nos han obligado a hacer para salir de la crisis económica: no es mala la austeridad, pero ha sido criminal la austeridad para los pobres y el bienestar para los ricos). Y compartida, para recuperar el sentido social, comunitario, antiindividualista y anticonsumista, propios del verdadero socialismo.

Desde este marco, todavía solo cultural, me atreví a esbozar otra vez no un sistema alternativo, sino una serie de valores indispensables para una economía alternativa¹¹.

6.2. Valores irrenunciables

(1) El primer valor para una nueva economía ha de ser la *síntesis de economía y ética*: que sea economía (administración de la casa humana) y no crematística (arte de enriquecerse individualmente). (2) Una economía que no se enroque exclusivamente en torno a la eficiencia, sino que *busque combinar la eficiencia con el respeto a los derechos humanos*. Aceptando incluso subordinar aquella a estos en algunas situaciones de conflicto entre ambos, contra todo eso que se llama economicismo. Cuando un sistema (económico, político o religioso) necesita quebrantar derechos humanos para poder funcionar bien, ese es el mejor indicio de la perversidad del sistema.

(3) Una economía capaz de *respetar el derecho de todo ser humano a un trabajo digno*. Cuando un empresario arguye que necesita pagar menos para sobrevivir en esa jungla de la competitividad, puede que esté mintiendo y buscando una excusa. Pero si está diciendo la verdad, entonces es todavía peor: porque está reconociendo que el sistema solo puede sobrevivir pisoteando derechos humanos fundamentales. Y téngase en cuenta que estamos hablando de derecho a un trabajo “digno”, no de eso que ya se ha llamado entre nosotros “trabajo basura”. (4) Una economía *que no busque la maximización del beneficio, sino un beneficio equitativo*. Se subraya la legitimidad y la necesidad de un beneficio, pero se excluye la maximización de ese beneficio porque eso iría en contra del destino común de todos los bienes de la tierra, que es su extensión a todos los seres humanos. (5) Una economía que *trate por igual al capital y al trabajo*, sin privilegiar a aquel respecto de este. En el sistema actual hay una disparidad hiriente y creciente. Y un cristiano debe saber que, según Juan Pablo II (LE 14):

La propiedad según la enseñanza de la Iglesia nunca se ha entendido de modo que pueda constituir un motivo de contraste social en el trabajo. (...) la propiedad *se adquiere ante todo mediante el trabajo*, para que ella sirva al trabajo. Esto se refiere de modo especial a la propiedad de los medios de

11. Resumo ahora un capítulo de J. I. González Faus, *El amor en tiempos de cólera económica, op. cit.*, titulado “Irrenunciables para una nueva economía”.

producción. El considerarlos aisladamente como un conjunto de propiedades separadas con el fin de contraponerlos en la forma del “capital” al “trabajo” (...) *es contrario a la naturaleza misma de estos medios y de su posesión*. Estos no pueden ser *poseídos contra el trabajo* (...) porque el único título legítimo para su posesión —y esto ya sea en la forma de la propiedad privada, ya sea en la de la propiedad pública o colectiva— *es que sirvan al trabajo*.

(6) Una economía que ponga *el destino común de todos los bienes de la tierra por delante del derecho a la apropiación privada de esos bienes*, considerando a este último solo como una manera de realizar el primero. Algo que nuestra sociedad no acepta (ni siquiera en sus partidos de izquierda), pero que es un principio ético elemental: “Todo hombre, escribía Pablo VI, tiene el derecho de encontrar en la tierra lo que necesita. Todos los demás derechos, sean los que sean, *incluido el de propiedad*, están subordinados a ello” (PP 22)¹². Pero ¿quién aceptará eso hoy, sobre todo si su fortuna es enorme? En nuestra sociedad la propiedad privada no es un medio para garantizar el destino universal de los bienes, sino para impedirlo. (7) Una economía que no aspire al *consumo* cada vez mayor de cosas cada vez más superfluas, sino a la satisfacción universal de las necesidades verdaderas. He citado muchas veces aquel poema de Voltaire: “Lo superfluo ¡tan necesario!”. Pero el consumo excesivo es injusto, ya que si unos consumen demasiadas cosas absolutamente superfluas, otros no podrán consumir ni las más necesarias. Es inhumano porque nos va haciendo esclavos de nuestros propios caprichos e insolidarios ante el dolor de los demás. Y es irracional porque, como dijo Gandhi, “la tierra produce lo suficiente para satisfacer nuestras necesidades, pero no para saciar nuestros caprichos”.

Por otro lado, hoy se nos vuelve a exigir esa reducción de nuestros niveles de consumo no ya por la crisis, sino también por el peligro de que la adicción a la energía degenera en una guerra de “sangre por petróleo”, y una guerra que podría ser *de nivel mundial*. Con ello, como he dicho otras veces, queda la sensación de que nos estamos pareciendo a un diabético que no puede comer más que dulces y azúcar y al que los médicos, por otro lado, le van dando insulina. El consumismo se nos ha inoculado hasta tal punto que no alcanzamos a imaginar cómo sería una economía sin él. No obstante, van apareciendo iniciativas prometedoras en torno a la soberanía alimentaria, consumo ecológico, rechazo de transgénicos y demás.

(8) *Una economía que esté sometida a la política, y no a la inversa*. Lo contrario supone el fin de la democracia y su sustitución por lo que el alcalde de la novela *D. Camilo* calificaba como plutocracia. Si la economía está sometida a

12. Ver también en el Vaticano II: “Salta a los ojos de todos que, en nuestros tiempos, no solo se acumulan las riquezas, sino que también *se acumula una descomunal y tiránica potencia económica en manos de unos pocos* (GS 69).

la política, entonces podremos hablar de democracia económica y no de tiranía. Sabemos que, a corto plazo, las dictaduras resultan más eficaces que las democracias, y los dictadores, como Franco, suelen echar mano de este argumento. Pero, a la larga, resultan más ineficaces. Además son más indignas humanamente (como reconocía sin querer, y bromeando, el profesor que exhortaba a los alumnos a enriquecerse “como cerdos gruñones”).

Esa independencia de lo económico fue uno de los grandes señuelos de nuestra modernidad que, a corto plazo, fue deslumbrante, pero, a largo plazo, nos ha llevado a un callejón sin salida (como le ocurrió al pueblo de Israel con la monarquía: primero un esplendor davídico y luego, poco a poco, un desastre irreparable).

(9) Una economía que *no considere al dinero como causa productora de riqueza, sino como ocasión para poder producir riqueza*. Cuando alguien abre su ventana para que entre la luz, no se le ocurre decir que la ventana le ha producido la iluminación; la ventana solo ha sido la ocasión que ha permitido actuar a la causa de la luz que era el sol. Tomar en serio esta distinción rebaja mucho el valor del dinero y, por eso, tendría una repercusión muy importante para medir la moralidad de algunos créditos prestatarios que se han convertido en auténticas usuras. También a la hora de acabar con esa economía puramente especulativa (economía de casino), que se ha convertido en la mayor fuente de enriquecimiento, hasta el punto de abrazar el 98% del dinero que circula diariamente por el mundo¹³.

(10) Una economía que eficazmente ponga límites a todas las ganancias excesivas. Y, por tanto, que prefiera un reparto más igualitario de la riqueza que se produce, en vez de sobredimensionar esa producción para que, por la teoría del goteo (o de la copa que rebosa y permite que llegue algo también a los que están abajo), alcance una ínfima parte para los más, mientras los menos se quedan con la mayor parte. (11) Queda un elemento fundamental: una economía *que respete la tierra, en lugar de destruirla*, porque la amenaza de destrucción del planeta no es solo el símbolo más claro de la maldad de nuestro sistema, sino quizás también el peligro mayor y más inmediato que nos acecha hoy.

(12) Finalmente habría que alertar sobre un factor no ya económico, sino cultural, que sirve de soporte a todos los desvalores enunciados. Me estoy refiriendo a lo que Benjamín Bastida suele calificar como “trampas del lenguaje”, y que desarrolla un poco más lo que dije antes de la mentira como sostén del sistema. Pongamos algunos ejemplos. (a) Es cómodo y tranquilizador *hablar idílicamente del mercado*, y asegurar que en él se da esa “mano invisible” que lo

13. Ver B. S. Santos, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Madrid, 2005, p. 356.

arregla todo y armoniza intereses. Se apela para ello a Adam Smith, aunque no era esa su mentalidad: el ejemplo ya clásico que él ponía cuando hablaba de la armonizadora “mano invisible” del mercado (el vendedor busca su propio beneficio precisamente a través del beneficio y la satisfacción del cliente), se refiere a un mercado de dimensiones reducidas, a nivel de encuentro y diálogo entre los intereses de las personas: “Dame lo que necesito y te daré lo que necesitas”. Ahí podrá comentar Smith que no esperamos la comida de la benevolencia del carnicero, sino de su propio interés; y, a su vez, el vendedor busca su propio beneficio precisamente a través del beneficio y la satisfacción del cliente¹⁴. Eso puede ocurrir a nivel de encuentros personales, de modo que la famosa “mano invisible”, tantas veces invocada, no es más que el rostro bien visible de las personas. En cambio, en el sistema actual de agentes de mercado, impersonales, anónimos y descomunales (corporaciones), ya no puede darse ese encuentro de intereses: la oferta busca su máximo beneficio no a través del beneficio del cliente, sino a través de la extorsión sin salida o de la manipulación de la demanda. Ya no es posible aplicar aquí ese tópico de la “mano invisible” (que no era más que el encuentro de intereses en una relación personal), sino que aquí vale más bien este otro texto del mismo Smith: en el “choque de intereses” que enfrenta a obreros y amos, “la ventaja estará siempre de parte de estos que obligarán a los otros a someterse a sus condiciones”. Y añade sabiamente que esta desventaja no se resolverá solo con leyes, pues el legislador, para allanar esas diferencias, “toma como consejeros a los amos”¹⁵. El anterior encuentro de intereses se ha convertido aquí en choque de intereses. Y ese choque de intereses se resuelve, para Smith, a favor de los amos. Concluye con estas palabras que casi parecen de K. Marx: “No puede existir sociedad próspera y feliz cuya parte mayor de miembros integrantes sea pobre y miserable”¹⁶. Eso es exactamente lo que cabe aplicar a este mundo globalizado y a la “aldea global”: no es una sociedad próspera ni feliz, y todas las afirmaciones en ese sentido son meramente interesadas.

(b) Otro ejemplo de distorsión del lenguaje y de palabras “trampa” podría ser la expresión *mercado de trabajo*. ¿Mercado o prostitución del trabajo? Para lo único que puede servir esa expresión es para reclamar las reformas del mercado de trabajo, aun cuando hemos visto repetidas veces que esas supuestas “reformas” no crean más empleo digno y justo, sino solo migajas de empleo y más opresión del obrero. El trabajo humano podrá ser duro o difícil, pero tiene una dignidad que le impide convertirse en mercancía. Ahí se fundamenta la enseñanza de la Iglesia sobre el salario justo (donde no entra solo su cuantía económica, sino el que sea aceptado desde la libertad y no desde la necesidad). Recordemos el texto antes citado: “Si el obrero acepta sin quererlas unas condiciones duras, obligado

14. A. Smith, *La riqueza de las naciones*, Madrid, 1961, p. 18.

15. *Ibid.*, pp. 63 y ss.

16. *Ibid.*, p. 75.

por la necesidad o por el miedo a un mal mayor, esto es ciertamente *soportar una violencia contra la cual reclama la justicia*” (RN 32). Esa misma violencia aceptada por la necesidad, ¿no es la que se da tantas veces en la prostitución?

(c) Tampoco debería hablarse de *competitividad* en la economía actual, sino simplemente de guerra, pues la competición aspira a la mejor calidad del producto o del servicio dentro de unas reglas de juego no transgredibles. Mientras que la guerra aspira a la derrota del adversario (hasta acabar absorbiéndolo o sometiéndolo al interés propio) y no tiene para eso más regla que la de la eficacia. La “sana competencia” resulta muy útil en dosis razonables: como las salsas que condimentan un alimento; pero erigida en base de las relaciones económicas deviene tan absurda y cruel como sería alimentarse solo de sal. (d) Menos aceptable es la mentira de M. Friedmann de que, con el crecimiento de la riqueza, crece también *la calidad moral de las personas*. La experiencia muestra que eso es una gran falsedad y que tenía más razón santa Teresa cuando escribe en su *Vida* (38, 3): “A los ricos sus hechos les tienen ciegos”. Más honestos eran los padres de la Iglesia cuando reconocían que el muy rico “es un ladrón o hijo de ladrón”.

(e) Otro ejemplo más reciente lo tenemos en la impavidez con que estamos llamando *reformas* a lo que no son más que pasos atrás, contrarreformas y a veces verdaderos atracos. Otra vez nos tropezamos con el aviso de san Pablo: lo peor no es obrar mal, sino llamar bien a ese mal. Es también absolutamente falso que se nos diga que se están pidiendo unos esfuerzos “a la sociedad”; la realidad es que se están pidiendo muchos esfuerzos “al sector más débil” de la sociedad; pero no a toda ella. Si se quiere decir con un juego de palabras, lo están pasando muy mal “los botones”, pero no “los botines”.

(f) Finalmente, uno de los mejores economistas españoles del momento, J. M. Naredo, pone otros varios ejemplos de esa trampa de las palabras en el último libro suyo que conozco¹⁷. Al final, desenmascaradas las bellas palabras, nuestro sistema podría parecerse al rey desnudo de la parábola ya citada. Y eso facilitaría la convicción de que hay que buscar “cómo vestirlo bien”. Ese desenmascaramiento del rey desnudo, creo que ayuda a poner en evidencia las tesis neoliberales que hoy campan por sus respetos como dogmas definidos por alguna autoridad infalible. Por ejemplo:

- la superioridad absoluta del mercado sobre cualquier otro modo de gestión de los recursos (sin especificar de qué mercado se trata ni si es un único modo);
- que la prosecución del interés individual es el mejor medio para llevar al interés general;

17. J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid, 2006.

- que la mayor parte de las dificultades económicas y sociales que caracterizan ostensiblemente a las economías “de” mercado no muestran —ni provienen de— una deficiencia de los mercados, sino de trabas a la libre concurrencia, puestas por las instituciones, las reglamentaciones y las cargas fiscales (instituciones y reglamentaciones cuya intervención reclaman ellos indignados cuando los de en frente comienzan a actuar con la misma “libertad” que ellos);
- que las políticas macroeconómicas que pretenden sostener la actividad y el empleo, sobre todo en épocas de recesión, son inútiles o dañinas para esos fines (sin especificar de qué clase de empleo se trata);
- que la superioridad de los mecanismos de mercado no es más que el reflejo de unas leyes naturales que, por tanto, sería absurdo combatir (según eso, será mejor no combatir los terremotos en Japón ni los huracanes en Louisiana, porque si matan, será por la sabiduría de la naturaleza que busca equilibrar la población);
- y que, en consecuencia, el bienestar de los pueblos pasa por la desreglamentación, la total liberalización de los intercambios, el retroceso de los gastos públicos en beneficio de los gastos y actividades privadas, y, en resumen, el declive del Estado en beneficio de la iniciativa individual (principio evidente con solo que se entienda por “pueblo” únicamente un 15% o 10% de la humanidad).

Así, pues, el capitalismo, además de una cultura del vacío con la que justificarse, crea otra cultura de la falacia, en la que caben todas las mentiras antes comentadas. Este es un factor de los que más olvidamos y de los que menos convendría olvidar, porque toda nuestra vida social, desde la política a la publicidad o la religión, ha quedado marcada por la mentira.

7. Pronóstico

¿Será posible un día llegar a una civilización de la sobriedad solidaria, con una economía de comunión y una configuración política de igualdad? No lo sé y temo que no. Sí puedo testificar que, se consiga o no, vivir para eso y luchar por eso es lo que da más sentido a la vida humana y la más auténtica sensación de “felicidad” (pongo la palabra entre comillas porque yo no creo que sea posible la felicidad plena en esta tierra). Pero eso solo ya me basta para entregarme a esa causa.

Entre las razones por las que veo tan difícil esa otra civilización quiero citar dos: la primera es que *no la queremos nosotros* y ese logro solo sería posible si lo quiere la mayoría de los humanos. Y la segunda es que, una vez conseguida, cada generación habría de reafirmar de nuevo esa elección o podría destruirla. La revolución no nacerá “confirmada en gracia” (como decían nuestros antiguos catecismos), sino expuesta al dato, innegable para un cristiano, de que todos los hombres somos pecadores. Y a la hora de concretar un poco esa pecaminosidad,

permítome citar una frase del Nuevo Testamento que he repetido muchas veces: “La raíz de todos los males es la pasión por el dinero” (1 Tim 6, 10). ¿Quién nos librá de esa pasión?

Sobre la primera razón (no la queremos nosotros) evocaré el libro de Susan George *Otro mundo es posible si...*, en el que mostraba caminos muy útiles sin duda, pero olvidaba el más importante: solo es posible otro mundo si lo queremos entre todos. Y el hecho es que no lo queremos. También cabe evocar la intuición bien certera de Marx: no es posible la revolución en un solo país (y hoy menos que entonces). Esta fue una de las razones del fracaso de revoluciones como la rusa o la cubana; y, en tono menor, esa es la razón por la que países que, sin haber hecho una revolución auténtica, han dado pasos importantes de reforma como es todo lo que llamamos Estado de bienestar, aunque hoy se ven amenazados e invadidos por migraciones, turismos aprovechados, etc. Nos enriquecimos en parte a costa de ellos y olvidamos eso y no les permitimos venir a participar de nuestra riqueza. Añadamos los mil obstáculos que van sembrando todas las empresas transnacionales y las farmacéuticas que aspiran a ser los únicos beneficiarios del potencial de riqueza latente en las necesidades humanas (salud, educación, alimentación). Son obstáculos que hoy amenazan muy seriamente lo que habíamos conquistado de Estado social.

Podría aducir una tercera razón, y es mi sensación (ojalá me equivoque) de que nuestro mundo parece abocado a una hecatombe ecológica que no parece muy lejana vista la increíble negligencia con la que los responsables de la tierra abordan hoy la amenaza ecológica (en parte por culpa nuestra porque si la aboradaran con responsabilidad, podrían perder las próximas elecciones).

En la medida en que conozco la historia humana, creo que solo una vez, después del horror de la Segunda Guerra Mundial, ha abordado la humanidad su construcción con un sentido ético y responsable (y aún no del todo: ahí está la injusticia del veto en el Consejo de Seguridad de la ONU al que de ningún modo quieren renunciar sus propietarios). Y el horror producido por la hecatombe, primero del holocausto y luego de la guerra, acabó siendo fuente de una era de prosperidad más justa en todo el Primer Mundo: lo que algunos llamaron “the golden age of capitalism”, en los años cincuenta al setenta del pasado siglo.

¿Hará falta otro infierno como ese para que decidamos construir en serio un mundo más justo y más igualitario? Porque el dilema final en que nos encontramos hoy es que por un lado hemos de consumir, y mucho, para que funcione nuestro sistema económico; y por otro hemos de dejar de consumir (limitándonos a la sobriedad ya comentada) si queremos salvar a la humanidad y al planeta. Hoy por hoy, no le veo salida a este dilema.

Conclusión

Termino haciendo una llamada y una apelación muy serias, tanto a los cristianos como a los que, aunque no lo son, comparten lo que cabría llamar “una sensibilidad de izquierdas”, centrada en la igualdad, la fraternidad y la justicia social que brotan de una verdadera libertad.

Si todos los que tienen esa sensibilidad cristiana o humanista nos uniéramos en una entrega total a esta causa, la más noble de las que se ofrecen al ser humano, veríamos que tenemos mucho más poder del que imaginamos, evitaríamos la amarga soledad en que viven hoy muchos de los que trabajan por esa causa y, si no consiguiéramos cambiar del todo este mundo cruel, quizás evitaríamos que se vaya total y definitivamente a pique.

